



Próximas a entrar en semana santa, la comunidad "*Mater ecclesiae*" quiere compartir con vosotras su reflexión sobre la experiencia de cruz en nuestro Fundador.

LA EXPERIENCIA DE CRUZ EN FRANCISCO PALAU

En el P. Palau la experiencia de cruz, como todo en él, es vivida en clave eclesial. El dolor de la Iglesia y su dolor son una misma cosa.

En la situación histórica de la Iglesia de España del s.XIX, Francisco descubre a la Iglesia crucificada y dolorida, porque el Esposo parece haberla abandonado (*Lucha, p.149*), porque los consagrados no la aman a ella sino que aman sus propios intereses (*MR 18,6: p.933*).

Experimenta una Iglesia que, con rasgos apocalípticos, sufre dolores de parto (*Lucha, p.188*). y que desde este dolor, temiendo que sus hijos sean devorados por el mal, clama: "*¿Qué será de mis hijos?*". El P.Palau teme que la Iglesia crucificada pueda sucumbir por el dolor y sintiendo al Esposo ausente exclame:

"¡Oh dulce Esposo mío Jesús! ¿A dónde os habéis ido? ¿Dónde os habéis escondido? ¿Por qué me habéis abandonado? [...] ¿qué será de mí y de mis pobres hijos? Oíd, mi buen Jesús, mis lamentos, no sea que sucumba a la fuerza del dolor..." (Lucha, p.150).

Siente que no hay dolor más grande que el que está padeciendo la Iglesia al vivir las masacres que se han dado en España, por eso, utilizando la expresión del libro de las *Lamentaciones (1,2.12)*, pone en boca de la Iglesia estas palabras: "*Ved si hay dolor que se iguale a mi dolor*" (*Lucha, p.148, 12*).

Esta experiencia interpreta el silencio de Dios ante la crucifixión de Cristo. El silencio de Dios ante tanto sufrimiento humano. Ante el grito en el silencio del inocente, del excluido, del niño abortado. Nosotros como Francisco podemos experimentar el sin sentido de la vida, el vacío existencial que atenaza a tantos. El aparente sin sentido del sufrimiento de tantos seres humanos equivale para Francisco al reino del silencio, del demonio, de la oscuridad, de la ausencia de Dios.

Para el P.Palau el dolor en Cristo fue el precio de la redención de su Iglesia (*Lucha, p. 207s*). y es el mismo Cristo el que nos invita a ofrecernos con Él (*Lucha, p. 131*).

El P.Palau se siente corredentor con Jesús y no duda en exclamar: "*Venga el cáliz, ora sea dulce, ora sea amargo; venga, yo lo voy a beber*" (*MR p.724*), también ofrece al Padre su dolor como sacrificio (*cf. MR 1,29, p.744*), incluso en sus primeros años sacerdotales, este dolor lo lleva a encerrarse en cuevas para llorar los pecados de los hijos de la Iglesia:

"...descendía de esa altura para entrar de nuevo en los tristes, lóbregos y negros subterráneos, los cuales no podían ser más a propósito para un espíritu devorado por la pena y el dolor. Y ciertamente eran muy adecuados para llorar y gemir sobre las abominaciones de la Jerusalén terrestre" (VS p.251, 30).

El P. Palau, a imitación de Cristo, hace suyo el pecado ajeno. El amor adulto es capaz de cargar con el prójimo en lo bueno y en lo malo, compadeciéndose de él. Es importante pasar por

esta vivencia obligatoria para el ser humano: descubrir la ausencia de Dios, el misterio del mal, la noche oscura, la nada. El siglo XX y ahora el XXI nos está dejando abundantes relatos estremecedores del mal en la tierra, y como en el individuo, también en la sociedad se está viviendo una etapa de ausencia de Dios.

Pero este dolor en Francisco Palau, de ver a la Iglesia crucificada, dolorida por el pecado, perdida por la aparente ausencia de Dios, no queda reducido a mero sentimientos, sino que será el acicate que lo impulse a buscar incansablemente cómo sanarla (MR 9,4s, p.827); el dolor en él se traduce en acción, es el amor puesto en acto: *"Si he juzgar de mi amor para contigo por lo que peno y sufro por ti, mucho debo amarte, porque sufro mucho por ti"* (MR p.724).

Cuando a Francisco se le prohíbe poner en acto su amor por la Iglesia, su corazón siente *"el más vivo dolor"* (Cta 139). Él, desde su experiencia, sintió la necesidad de sanar a esta Iglesia dolorida con acciones concretas. Hoy la madurez que ha alcanzado la reflexión cristiana nos lleva no sólo a una labor de asistencia, sino a poner nuestros ojos en las estructuras de pecado y en cómo transformarlas para que la Iglesia de rostros concretos no siga crucificada y dolorida.

"La Justicia y la Caridad se han presentado en público, ¡qué crimen tan horrendo al ojo del vicioso! Sostendremos nuestro perdón con tesón, con firmeza y constancia" (Cta 10).

Hoy Francisco Palau nos invita a involucrarnos en esas estructuras sin dejar de asistir directamente a nuestros hermanos, pero con una mirada de largo alcance como la tuvo él en su tiempo y que le llevó al martirio a fuego lento: detenciones arbitrarias, calumnias, exilios, fracasos; cualquier acción que iniciara a favor de la Iglesia bastaba para alertar al mal, personificado en diversas instancias, y encontrar toda clase de obstáculos.

Los profetas, y quienes tienen mirada de largo alcance en favor del "Proyecto divino", molestan. El P.Palau defendió hasta el extremo la libertad de creer, de pensar, de escribir, de asociarse, etc. ¿Qué lo mantuvo en pie para no desanimarse ante tanto obstáculo y ante el dolor que sentía su corazón?, la unión con su Amada, pues *"las comunicaciones aliviaban el dolor"* (MR V,4,p.726). Esta unión es vivida en intensa vida teologal y con una mirada contemplativa de la realidad que le tocó vivir.

Descubrimos como Francisco Palau, hombre apasionado por la Iglesia, padeció por y con ella. La Iglesia, objeto de su amor, fue también objeto de su cruz, causa de sus más profundos gozos y más penetrantes dolores .

VISITA DE NUESTRAS HERMANAS

Los días 11 y 12 de Marzo la H. Irma Olivares (chilena) visitó por vez primera la cuna de nuestro Fundador, disfrutando de hermosos momentos de silencio en la cueva y casa natal y compartiendo fraternalmente con las dos comunidades presentes en Aitona, lo que también hicieron, el día 27 de este mes las hermanas Visitación Trigueros (española), María Ángeles González (española), Ana María Carrasquer (española) y Norma Florencia Pérez (mexicana).

